

convincientes. Seguramente es una buena oportunidad para reflexionar sobre el concepto, debatirlo y solucionar de una vez por todas esta falla más de método y términos que afecta a los estudios culturales y literarios hispanoamericanos.

JOSÉ LUIS DE LA FUENTE
Universidad de Valladolid

ALFONSO DE TORO y FERNANDO DE TORO, eds.: *Jorge Luis Borges: Pensamiento y saber en el siglo XX*, Frankfurt am Main-Madrid, Vervuert-Iberoamericana, 1999, 376 págs.

Aunque los trabajos de este volumen son el resultado del congreso «Jorge Luis Borges. Conocimiento y Saber en el siglo XX», que se celebró en 1996, en este centenario del nacimiento de Jorge Luis Borges se están editando, con éste, un buen número de estudios sobre el autor además de recuperar algunos escritos desperdigados del argentino. Los trabajos que coordinan Alfonso (quien ya organizó con Karl Alfred Blüher *Jorge Luis Borges: Variaciones interpretativas sobre sus procedimientos y bases epistemológicas* en 1992 y en la misma editorial) y Fernando de Toro forman un libro más pero a la vez resulta distinto dado el enfoque pretendido para su confección. El volumen se dedica a un aspecto que era obvio pero que no terminaba por enfrentarse de manera decidida en estudios más dilatados: la observación de la obra de Borges como eje central del siglo en torno a la cual es posible indagar en los caracteres semióticos, filosóficos, científicos y multiculturales contemporáneos, sacando, en consecuencia, a Borges, de los terrenos más estrictamente literarios. Por supuesto que ha habido y siguen editándose trabajos interesantes en estos aspectos, pero en esta ocasión se ofrecen varias muestras que ejemplifican, en un espacio diminuto, todas esas apariencias que sugiere la obra borgeana. Cierto es que alguna de las ideas parece en exceso evidente, pero resulta lógico que entre tanta enjundia se hallen detalles ya consabidos. Esa falta de originalidad de algunos estudios es comprensible. Sin embargo, entre ellos se encuentran trabajos verdaderamente meritorios que llaman la atención por muy diferentes razones, aunque habitualmente surgen del amplio conocimiento de la obra borgeana, de su correcta comprensión y del enfoque genuino del que parten varios trabajos de verdadero mérito para quien pretende buscar sendas más novedosas, intransitadas, riesgosas en el estudio del descubridor del aleph.

De entre algunas de las indagaciones meritorias (como las interesantes derridianas perspectivas de los editores), habría que destacar, por ejemplo, el estudio minucioso y extenso de Luce López-Baralt («Borges o la mística del silencio: lo que había del otro lado del *Zahir*»), quien desvela algunos de los misterios escondidos tras las líneas del cuento de Borges dedicado a esa moneda que muestra las diferencias entre las sectas esotéricas islámicas zahiri y batiní. Ésta predicaba lo oculto, lo misterioso de la búsqueda de la verdad y privi-

legiaba lo innombrable, Dios, o, en palabras borgeanas, el universo imposible de descifrar mediante el lenguaje. Por eso, concluye López-Baralt, hemos de leer el cuento desde la óptica batiní, desde la cara exterior del Zahir, que representa el auténtico significado oculto de la palabra visible.

Uno de los aspectos más debatidos por Borges fue el tiempo. No menos ha ocupado a sus críticos. Una muestra es el trabajo de C. Ulises Moulines («El idealismo más consecuente según Borges: la negación del tiempo»). Cierta resulta también que las discusiones en torno al carácter idealista (tal vez desde Berkeley o quizá Hume) de Borges han progresado recientemente. El ensayo, ante todo, se dedica (contra lo que otros han pretendido) a vindicar la figura del escritor argentino como la de un filósofo que ha aportado diversas interpretaciones de la realidad. De hecho, la filosofía no es sólo un elemento que sirve a la ficción literaria sino que a menudo resulta que la ficción se convierte en el medio a través del cual Borges expone sus inquietudes filosóficas. Por eso, afirma el autor del estudio algo que parecía obvio pero que la crítica no acababa de afirmar con rotundidad: «Reclamo, pues, para Borges no sólo el estatuto de literato que usa la filosofía (lo cual es evidente), sino también el de filósofo que usa la literatura para propósitos genuinamente filosóficos» (pág. 180). Desde este presupuesto se dedica a la explorar el cuestionamiento borgeano del tiempo unidireccional e irreversible (rastreado, recordamos, en diversos relatos) pero que procede de un cuestionamiento de la realidad empírica, lo cual procede, como es sabido, del idealismo empirista de Berkeley y Hume. Según Moulines, Borges va más allá que los filósofos irlandés y escocés; así, de la negación de la realidad apariencial, se sigue el paso último que sí da decididamente Borges: «la negación igualmente tajante del tiempo» (pág. 182), en los sentidos señalados previamente y en el de la comprensión de que el tiempo ha de entenderse subjetivamente, fenoménicamente, epistemológicamente, pero no desde un punto de vista puramente físico. El estudio va más allá y continúa con otros interesantes aspectos de los progresivos avances de Borges en lo que se refiere a su negación del tiempo, a su irrealidad y a su asimetría en la ordenación de los acontecimientos. Eckhard Höfner se ocupa igualmente del tiempo. Por otro lado, también Silvia G. Dapía incide en la subjetividad borgeana en el conocimiento de la realidad pero se aproxima a la crítica del lenguaje requerida por Fritz Mauthner y al problema de la representación, también analizado por Floyd Merrell.

El trabajo de Alberto Moreiras («Desnarrativizando el aparato del estado populista: «La lotería de Babilonia» de Jorge Luis Borges») interpreta el cuento de Borges a que hace referencia el título como «reacción a la formación estatal que se había venido desarrollando en Occidente, y por consiguiente en Argentina, durante los años treinta, y como anticipación de la evolución de tal formación estatal hacia su configuración presente» (pp. 117–118); es decir, el Estado intervencionista o la «sociedad de control» de que habla Deleuze, lo que, por cierto, hallamos en otros cuentos, desde el inaugural de *El jardín de senderos que se bifurcan* y que también abrirá *Ficciones*. En todos ellos se evidencia cómo el triunfo del populismo anuncia el comienzo de la implantación del Estado de control que terminará por intervenir y dominar al ser humano, su carácter, su ontología y su conciencia his-

tórica, cuya alegoría es la lotería babilónica o, por ejemplo, también, el ordenamiento tlóniano. El artículo de Edna Aizenberg (en «Nazismo es inhabitable»: Borges, el Holocausto y la expansión del conocimiento») se ocupa de un problema paralelo que preocupó frecuentemente a Borges, como fue el del ascenso del nazismo, su realidad, sus causas y sus consecuencias. Su anticipación resultó meritoria y su denuncia, valiente. Por otra parte, este mismo asunto desdice a buena parte de la crítica: la irrealidad borgeana no es más que un destello que ilumina ciertas mínimas parcelas del relato, que desde su esencia fantástica (o mágicorrealista, si entendemos los postulados de Seymour Menton) trata de enfrentar metafóricamente la realidad. Por otra parte, el estudio reclama, indirectamente, el papel precursor de Borges (y continuada por otros autores argentinos y, menos, de otros países hispanoamericanos) en la literatura del Holocausto que tantos frutos extraordinarios ha dado, sobre todo, en la Europa del último medio siglo.

Otros trabajos abordan algunos de los puntos centrales de la obra de Borges. El de Rolf Kloepper parte del carácter tautegórico del escritor para concluir en la idea de que la lectura convierte al lector en actor, «hacedor», para usar las palabras de Borges, o que descubre mundos nuevos. María Kodama se dedica al aspecto religioso de la obra borgeana; Arturo Echavarría se ocupa del conflicto entre el texto y el laberinto que se revela ya en «El jardín de senderos que se bifurcan», en el que también se centra Laura Silvestri para mostrar la modificación que el lector efectúa sobre los textos. Las lecturas posmodernas (con ascendencia derridiana) de Fernando y Alfonso de Toro inciden en otro interesante aspecto sobre el que la crítica no cesa de debatir; el de este último incide con aplomo en la simulación, también más próxima, tal vez, al pensamiento de Baudrillard y no sólo a Derrida y Foucault. Frente a otras vinculaciones más rigurosamente literarias sitúan Beatriz Sarlo y Elmar Schenkel a Borges. La primera constata la inclinación de Borges por la llamada literatura «menor» o «popular» y la segunda enfrenta la obra del argentino a Chesterton. No otro que el literario es el ámbito por el que discurre el trabajo de Laura Milano y Rosa María Ravera, quienes se centran en el barroco borgeano y sus múltiples connotaciones. En cambio, Ema Lapidot parte del concepto de hipertexto y se detiene más en las técnicas practicadas por Borges y adivina sus anticipaciones en lo referido a las desarrolladas escrituras electrónicas actuales.

En definitiva, un nuevo libro sobre Borges pero que cuenta con la extraordinaria diferencia de adentrarse en unos terrenos escasamente transitados por la crítica borgeana. Para advertirlo no hay más que recorrer los *curricula* de los autores, porque manifiestan el extenso campo del libro: desde el arabismo o la teoría de la literatura, la filosofía y la semiología, hasta la teoría de la ciencia y la estética. Con el apoyo también de importantes especialistas en literatura y en la obra de Borges, el conjunto presentado por Alfonso de Toro y Fernando de Toro se constituye, tal vez, en uno de los hasta ahora más heterodoxos, diversos y completos volúmenes dedicados al autor que este año alcanzará el siglo.

JOSÉ LUIS DE LA FUENTE
Universidad de Valladolid